

reemplazada por los puñetazos de los púgiles y las patadas de los futbolistas:

—¿Qué tal noche, Eduardo?

A lo cual contestó el poeta desperezándose:

—No supe, porque me quedé dormido.

Negocios y negociantes.—Don Clímaco Mejía era un respetable caballero caldense, que murió en Bogotá, hace unos diez años.

La honorabilidad, la inteligencia y las dotes de simpatía de don Clímaco fueron parte para que gozara de mucho aprecio y estimación entre sus amigos, así como sus oportunas salidas y su agradable conversación hacían que su compañía fuera buscada por todos.

No pocas frases del señor Mejía conservan sus amigos en la memoria, y en ellas mostraba su buen talento y su agudo ingenio; y sus oportunas observaciones se referían casi siempre a la idiosincrasia de los individuos en relación con los negocios.

Una vez hallábase el señor Mejía en uno de esos cafés donde se reúnen los negociantes, y notó que en una mesa cercana estaban dos caballeros caldenses o antioqueños que discutían un negocio.

—Mira—le dijo don Clímaco a su compañero de mesa, señalándole a sus dos paisanos—, en aquella mesa va a haber pérdida para esos dos.

—¿Por qué?—le preguntó el otro.